

PIERRE GILLES, *Topografía de Constantinopla*, trad. de Domingo F. Sanz, ensayo preliminar de Pedro Bádenas y Miguel A. Bunes, Colección Los viajeros, Sevilla: Renacimiento, 2015, 576 pp. ISBN 978-84-16246-77-9.

Es de felicitar a Domingo F. Sanz por la feliz iniciativa de traducir y comentar al castellano el texto poco conocido de la topografía de Constantinopla de Pierre Gilles (Albi 1489 - Roma 1555). El erudito francés, con una sólida formación clásica, había llegado a Oriente en la década de los cuarenta del siglo XVI durante el reinado de Francisco I, entre otras cosas para buscar manuscritos para su rey, pero por diversas razones las cosas no salieron como estaba previsto y se vio recluido en el Estambul otomano durante largos años que le sirvieron para conocer a fondo la ciudad y tratar de identificar en ella los monumentos bizantinos. Cuando Gilles regresó a Roma hacia 1552 se puso a redactar sus libros sobre la Constantinopla de época bizantina y sus alrededores a partir de las abundantes notas que traía de su estancia y que le permitieron interpretar las fuentes clásicas que constituían la base de su trabajo. Desgraciadamente, la muerte le sorprendió y sus obras pudieron ser publicadas solo póstumamente por su sobrino Antoine Gilles en Lyon en 1561, en dos volúmenes, con los nombres *De Bosporo Thracio* y *De topographia Constantinopoleos et de illius antiquitatibus*.

Sobre estas circunstancias nos informa con precisión Pedro Bádenas de la Peña en el primer capítulo introductorio del volumen, “Pierre Gilles. Personalidad y alcance de su obra” (pp. 7-26), donde, además, describe el método de trabajo del francés y destaca su valor como primera monografía histórica occidental sobre los monumentos de la capital del Imperio de Oriente. Bádenas nos da los datos esenciales del libro y su contexto histórico (únicamente se desliza algún pequeño desliz o imprecisión¹), aunque echamos sin embargo en falta alguna orientación bibliográfica que hubiera podido ayudar a los lectores profanos a profundizar en la materia.

¹ En la p. 7, se afirma que solo desde el siglo XV los viajes “respondieron a motivaciones conscientes, y sobre todo, prácticas: el comercio de especias, sedas, gemas, coleccionismo y comercio de curiosidades, como reliquias, manuscritos y antigüedades”, cuando es sabido que este tipo de motivaciones guiaron a muchos viajeros a Bizancio ya desde antes de la Primera Cruzada. Véase por ejemplo el clásico libro, todavía no superado, de K.N. Ciggaar, *Western Travellers to Constantinople. The West and Byzantium. 962-1204: Cultural and Political Relations* (Medieval Mediterranean 10), Leiden-New York-Köln 1996, además de, obviamente, los abundantes estudios sobre el comercio de las repúblicas marítimas italianas en Oriente que llevaron a muchos italianos a asentarse en Constantinopla y a interesarse por su cultura. En p. 15 Bádenas dice que los turcos ocuparon Galípoli a principios del siglo XIV, cuando la primera ocupación tuvo lugar en 1355.

La contribución del profesor Miguel Ángel Bunes, titulada “Francia y el Levante. La rivalidad entre los Valois y los Habsburgo” (pp. 27-38), proporciona a continuación un breve e ilustrativo contexto de la presencia de Pierre Gilles d’Albi en Constantinopla en el marco de la embajada de Gabriel de Luetz y de las relaciones entre Francia y los otomanos. En este caso nos habría gustado que el autor hubiera profundizado algo en el texto y en la visión, por lo general hostil, que el autor manifiesta hacia los turcos, de cuya forma de vida no deja de dar testimonios, dispersos pero significativos². Falta en el volumen una reflexión sobre lo que supuso de continuidad y cambio la transformación urbana de Constantinopla como símbolo de dos imperios.

Sigue en pp. 39-60 la verdadera introducción de la obra, realizada por Domingo F. Sanz y seguida en pp. 61-79 de una detallada bibliografía de fuentes primarias y secundarias. Sanz, por su formación, es especialmente detallado al hablar del uso de las fuentes clásicas por parte de Gilles y de cómo el autor se sirvió de la observación directa para conformar su descripción de los distritos y monumentos de la ciudad. Nos pone dos ejemplos del uso que hace Gilles de dos pasajes de Procopio y Zonaras que demuestran claramente el método de trabajo del autor. En pp. 56-8 se contienen algunas referencias, que nos habría gustado ver ampliadas, sobre la transformación urbana de la ciudad y la opinión que a Gilles le merecían sus habitantes. Siguen dos mapas y doce ilustraciones de la ciudad (pp. 81-8).

La traducción castellana de Sanz, revisada por el Pedro Bádenas, es por lo general elegante y precisa, sobre todo en los libros II-IV que describen los monumentos de Constantinopla y donde apenas he notado algunos pequeños errores, que surgen en ocasiones de una traducción demasiado literal del original y que no merece la pena señalar. Cabe indicar, sin embargo, que la innegable dificultad del texto latino no ha sido satisfactoriamente resuelta en las descripciones geográficas que abundan especialmente en el libro I, donde se describen las siete colinas y los seis valles de Constantinopla. Un mapa más detallado (y nos los simples esquemas contenidos en los mapas 1 y 2 de las pp. 81-2) habría sido además necesario para que el lector hubiera podido seguir adecuadamente la densa y no siempre clara exposición de Gilles. Especialmente es de lamentar que no haya un mapa orográfico que coloque en su sitio las colinas y los valles, del tenor de los que fácilmente se pueden encontrar en la red. Su ausencia no es tampoco suplida por las notas aclaratorias del autor que se centran sobre todo en cuestiones de fuentes y

² Por señalar una simple curiosidad, casi una banalidad, Gilles señala en 4.2.14 (p. 441) que “de la pared” de las letrinas de los baños turcos “sale un caño de agua con la que los turcos –según su costumbre– se lavan los restos de sus excrementos”. Como sabe cualquier viajero actual a Turquía, los inodoros turcos modernos conservan en su interior caños finos de agua para idéntico propósito. Es en estas pequeñas anécdotas donde se aprecia al fino observador de costumbres que es Gilles, que parece indiferente a la gran política de la que nos habla Bunes en su presentación.

realia y no tanto en iluminar el sentido del texto de Gilles. Por concretar algo, no se identifica en ninguna nota el Promontorio, que no está ni siquiera indexado al final del libro y que con frecuencia es traducido con minúscula, lo que impide identificarlo con un accidente concreto, por ejemplo en 1.5.1 (p. 139) o 3.1.1 (p. 349). Este Promontorio, según el propio Gilles señala en el primero de estos dos pasajes, es la cordillera que como una espina dorsal atraviesa toda la Ciudad, formando siete colinas y que los antiguos llamaron Crisóceras; aunque en otras ocasiones parece identificarse tan solo con la primera colina, su inicio al este de la ciudad, como en 2.2.1 (p. 207). Se trata de una referencia geográfica constante para la interpretación de la orografía de la ciudad, por lo que el lector, privado de una nota aclaratoria o de un mapa, se ve imposibilitado de comprender a qué se refiere Gilles. A esto se añaden errores puntuales de traducción, como en 1.7.4 (p. 145), donde se nos dice que el Promontorio está rodeado por el Bósforo “por el oeste” cuando el texto dice “ab oriente”. El hecho de que el *dorsum* del Promontorio sea traducido sistemáticamente como “cresta” crea también algo de confusión, porque el nombre castellano transmite la idea de que se hace referencia a algo así como una cumbre escarpada de una montaña, cuando en realidad se está aludiendo la parte elevada, el dorso de una montaña, que es con frecuencia plano. De hecho parece que la palabra *planities* usada por Gilles en ocasiones (y que el autor traduce como “meseta”) es prácticamente sinónimo de *dorsum*. Además, Gilles se refiere con frecuencia al flanco izquierdo y al flanco derecho del Promontorio, sin que el lector sepa cómo ubicarse: habría bastado una simple nota indicando que se refiere a la vertiente sur (que mira a la Propóntide) y la norte (que mira al Cuerno de Oro) de la cadena montañosa que recorre de este a oeste la península. En realidad, parece que ni el propio Gilles sabe interpretar a veces estas referencias espaciales, que toma de sus fuentes y, así, en 4.3.2 (p. 454) escribe: “En cuanto a la afirmación de que por su lado derecho sube una pendiente, se entendería fácilmente si yo supiera a qué llama lado derecho”. Ejemplos de situaciones similares se dan por ejemplo en la ubicación de las *regiones* o distritos I y II (el autor habla preferentemente de “barrios”³) en 2.2 (pp. 207-13), en la que las dudas del propio Gilles sobre su ubicación no son aclaradas por el autor en sus notas; o en la ubicación de los barrios VIII y IX al sur de la tercera colina, el primero discurriendo longitudinalmente junto a ella y el segundo más al sur junto a la Propóntide, algo que no se deduce de la exposición de Gilles en 3.7-8 y no encaja con lo que representa el esquemático mapa 2. Con todo, estos problemas de interpretación se producen, insisto, solo en las descripciones orográficas y espaciales, porque la traducción de

³ Quizás la designación de “barrios” habría sido más pertinente al hablar de las zonas dentro de cada distrito, tal como ocurre en la discusión del Déutero en 4.4.9-11 (pp. 458-9). El autor utiliza también la palabra “suburbio” a la hora de referirse al Hébdomon en 4.4.14, por el *suburbium* usado por Gilles, aunque el uso de esta palabra resulta también confuso al aplicarse a una zona del distrito XIV y se explica por ser este el más periférico de la ciudad.

edificios y monumentos, además de aquellos pasajes que recogen reflexiones del propio Gilles, está hecha con precisión y elegancia.

Por otra parte, pienso que, dado el carácter académico de la traducción, quizás hubiera sido conveniente no actualizar o adaptar al castellano determinados términos latinos que figuran en el texto y mantener su valor original, a fin de no crear en el lector la falsa impresión de que Gilles es preciso en sus referencias. En todo caso, quizás habría sido necesario indicarlo brevemente en las pp. 58-9 donde Sanz recoge sucintamente los criterios de su edición. Así, en 3.6.24 (p. 393) se traduce *rex* por “sultán”, *xenodochium* por “caravasar” y *aedes Mametana* por “mezquita” (véase sin embargo un poco más adelante en 3.6.27 [p. 395] donde el autor se ve obligado a traducir “otro templo, antes cristiano, ahora mahometano”). Igualmente en 4.9.4-5 se traduce *gymnasium* por “escuela” y *gymnasium literarium* por “madraza” (p. 482). Del mismo modo, habría sido también deseable que Sanz tradujera los pasajes griegos (a veces muy extensos) en el cuerpo del texto, y no en las notas que figuran al final de cada libro, pero al menos el lector puede consultar en estas la versión castellana.

El cuidado que Sanz ha puesto en su traducción se prueba en su referencia ocasional a variantes problemáticas del texto o en algunas discusiones más detalladas de cuestiones puntuales. Obviamente, las notas del comentario no agotan los innumerables problemas que plantea el relato de Gilles, pero representan cuanto menos una primera aproximación a su obra que puede guiar a futuros investigadores. La mayor parte de ellas, como decíamos, está destinada a identificar las fuentes de las que parte Gilles y en este sentido casi puede hablarse de exhaustividad y minuciosidad por parte de Sanz. Por contra, se aprecia una cierta tendencia a obviar explicaciones en la medida en que estas implican un comentario de la fuente original que Gilles utiliza. Por poner algún ejemplo, estaría bien que cuando Gilles describe en 4.4.16 (pp. 460-1) el antiguo Cinegio de Constantinopla a partir de una anécdota de las *Parastaseis syntomoi chronikai*, el editor advirtiese que esta referencia se debería aplicar al distrito II y no al XIV, que es del que está hablando Gilles. O cuando en 4.2.4 nos habla de “la calle ancha que atraviesa la cresta del Promontorio desde la Iglesia de Santa Sofía hasta la puerta de Adrianópolis” (yo traduciría mejor: “que discurre por la cima del...”), se nos indique que se refiere a la Μέση superior que recorría toda Constantinopla y cuyo trazado no se recoge en ningún mapa del libro. También habría requerido una explicación la afirmación del autor en 1.115 (p. 115) de que el Ponto Euxinus se debería llamar Axinus por los bárbaros que lo rodean, en lo que debe ser un juego de palabras con el latín *asinus*. Se podrían añadir más casos similares, pues el texto original abunda en dificultades, y aunque no es obviamente exigible al autor que las resuelva, sí quizás podría haber advertido algunas de ellas.

Pese a estas limitaciones, el balance que hacemos de la obra es muy

positivo, pues pensamos que resultará muy útil a los futuros estudiosos de Constantinopla y ofrecerá una primera aproximación a su estudio, ya que, como se lamenta el propio Gilles en su conclusión, no fueron muchos los autores bizantinos que ofrecieron un tratamiento sistemático de la topografía de la capital.

JUAN SIGNES CODOÑER
juansignes54@gmail.com
Universidad de Valladolid

